

El nuevo mapa de la migración mexicana en Estados Unidos: el paradigma de la Escuela de Chicago y los dilemas contemporáneos en la sociedad estadounidense

*Victor Zúñiga
Rubén Hernández-León*

Introducción

HAY UN NUEVO MAPA DE ESTADOS UNIDOS, un mapa que se ha venido dibujando desde mediados de los años ochenta: los mexicanos nos hemos estado moviendo hacia regiones del territorio norteamericano en las que nunca o escasamente habíamos tenido presencia; o ésta había sido efímera, pasajera e invisible (Durand, 1998) . Una importante porción de estos movimientos ha sido producto de migración interna; es decir, numerosos mexicanos que residían en California, Texas o Illinois decidieron mudarse a otros estados (Passel y Zimmermann, 2001). Otra porción, íntimamente ligada a la anterior, es producto de movimientos migratorios internacionales. Numerosos mexicanos están migrando directamente desde diferentes regiones de México hacia Oregon, Utah, Nevada, Georgia, Tennessee, Alabama, Carolina del Norte, New Jersey, Nebraska, Iowa, Louisiana, Massachusetts, por mencionar algunos de los principales nuevos destinos (Zúñiga y Hernández-León, 2001).

Los censos de población y estudios demográficos en Estados Unidos no podían ser más elocuentes: desde mediados de los años noventa la proporción de los mexicanos viviendo en California y Texas empezaba a reducirse al mismo tiempo que el porcentaje de los que residían en los nuevos destinos estaba creciendo muy rápidamente. Con esto, estados como Idaho, Iowa, Georgia y Nueva York empezaron a aparecer en el mapa de la migración mexicana,

cuando hacía una década, la presencia de migrantes de origen mexicano en esas regiones era prácticamente nula (Durand, Massey y Charvet, 2000). Entre 1990 y 2000, el número de mexicanos en Utah creció 645 y más de 800% en Georgia. En los estados de Arkansas y Minnesota el crecimiento fue superior a 1 000%, en tanto que en Iowa, Indiana y Nebraska el crecimiento fluctuó entre 500 y 600%; al mismo tiempo, en Nueva York, Pennsylvania, Washington y Wisconsin, la población nacida en México aumentó entre 200 y 400%. En términos porcentuales, los crecimientos más importantes (más de 1 800%) se observaron en Carolina del Norte, Tennessee y Alabama (USCB, 2004).

Lo que es nuevo, demográfica y geográficamente, para la sociedad norteamericana, es que el asunto de las comunidades mexicanas dejó de ser un fenómeno estrictamente regional, limitado, como lo había sido por décadas, a California, Texas e Illinois, para convertirse en un fenómeno de índole nacional (Durand, Massey y Charvet, 2000). Esto significa que el nuevo mapa no es solamente una nueva redistribución espacial, sino una geografía del cambio: demografías, agendas políticas domésticas, mercados laborales, relaciones inter-étnicas y paisajes humanos han estado transformándose en muy poco tiempo y siguen modificándose en este momento en prácticamente todo Estados Unidos. Este ensayo tiene como propósito describir las consecuencias de la nueva cartografía de la presencia mexicana en el territorio de Estados Unidos, especialmente las de carácter sociopolítico y cultural. Las sociedades receptoras de los nuevos migrantes son testigos, pero también actrices de múltiples, súbitas y profundas transformaciones que, por sus novedades, apenas empiezan a ser descritas y analizadas por los académicos. Adicionalmente, contrastaremos estos primeros hallazgos con el paradigma de la Escuela de Chicago que estudió y teorizó sobre los flujos migratorios que Estados Unidos recibió durante las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX, un paradigma que sigue siendo dominante en los ámbitos académicos, pero sobre todo no académicos, de Estados Unidos. El artículo busca mostrar las limitaciones de dicho paradigma para estudiar e interpretar los cambios sociales que suscita el arribo de los migrantes mexicanos a muy diferentes regiones del país vecino. Ciertamente, el paradigma de la asimilación no es un canon único e inmóvil. Con el tiempo, ha venido reformulándose y compite, en el medio académico estadounidense, con otros paradigmas, como son el del multiculturalismo y el de la asimilación segmentada; sin embargo, éstos últimos se construyen en contra o a favor del referente que los sociólogos de la escuela de Chicago heredaron a los sociólogos contemporáneos (Zhou, 1999; Rumbaut, 1997a, 1997b; Gans, 1999). De ello deriva su importancia. Por eso, en este artículo, centraremos nuestra atención exclusivamente en el paradigma de la asimilación en su versión más clásica.

Nuestra labor como editores de un volumen consagrado precisamente a la descripción y análisis de los nuevos destinos de la migración mexicana en Estados Unidos (Zúñiga y Hernández-León, 2005a) nos dio la oportunidad de tener una visión panorámica de este sorprendente cambio geográfico y social. El tratar de dibujar la nueva cartografía de la emigración mexicana nos condujo a localidades y regiones que están siendo muy exitosas económicamente en Estados Unidos; dicho de otro modo, siguiendo las nuevas rutas de los migrantes mexicanos dentro del territorio de Estados Unidos, nos encontramos con lugares y comunidades que han atraído a los migrantes porque han experimentado profundos cambios económicos generalmente favorables y rápidos, tales como nueva oferta de empleos, salarios más elevados que el promedio nacional, bajas tasas de desempleo e innovaciones en los procesos industriales y agro-industriales. Antes de presentar nuestras observaciones en torno a estos cambios, en los siguientes párrafos ofrecemos un rápido recorrido por algunos de los nuevos destinos con el fin de darle nombre y rostro a este proceso.

El nuevo mapa

El recorrido puede empezar en “la capital mundial del caballo pura sangre”, Kentucky, en la dinámica ciudad de Lexington, sede de una industria vigorosa de caballos. No lejos de ahí, está la región central de ese estado en donde se encuentra una de las “más importantes regiones productoras de tabaco de Estados Unidos” (Rich y Miranda, 2005). Siguiendo el recorrido, en dirección al sureste, nos encontraremos en el sur del estado de Carolina del Norte en donde se sitúan los condados de Duplin, Sampson, Pender, Bladen, Lenoir y Onslow. Todos ellos conforman lo que podríamos llamar la “capital mundial de la producción de guajolotes”. En su conjunto son capaces de ofrecer al mercado 22 millones de pavos al año. El recorrido también incluye otras regiones de Carolina del Norte que están orgullosas de estar entre las cinco más importantes productoras de pollos y de carne de pollo de Estados Unidos, una zona de 25 millas situada en las laderas de los Apalaches en donde se procesan más de 420 millones de aves al año (Griffith, 2005). Si seguimos el mapa, ahora hacia el norte, podremos ubicar la pequeña, pero rica y culta ciudad de Kennett Square, Pennsylvania, considerada la “campeona nacional de producción y comercialización de champiñones”; posición que ha ocupado a lo largo de todo el siglo xx (Shutika, 2005). Todavía en el noreste, no lejos de Kennett Square, se puede situar la península de Delmarva, que contiene al estado de Delaware y la zona costera de los estados de Maryland y Virginia, y en donde tanto la industria avícola y pesquera como los servicios turís-

ticos se han desarrollado incesantemente a lo largo de los últimos veinte años (Dunn, Aragonés y Shivers, 2005). Lo interesante de todo ello es que en cada una de estas regiones el crecimiento de las comunidades mexicanas ha sido espectacular en los últimos quince años, produciendo con ello cambios súbitos de orden económico, social y cultural que los residentes no podían siquiera imaginar hace algunos años.

El mapa incluye también el estado de Iowa en donde se localiza “la tercera empacadora de carne de puerco del mundo” cuya sede es la pequeña ciudad de Marshalltown, capaz de procesar 3.6 millones de cerdos al año, es decir, 1 000 cerdos por hora (Grey y Woodrick, 2005). Y al lado de Iowa, más hacia el oeste, encontraremos otro Lexington, pero esta vez en Nebraska, centro vital para la producción de carne bovina en Estados Unidos (Gouveia, Carranza y Cogua, 2005). Igualmente, estas dos regiones del medio oeste han experimentado cambios demográficos muy importantes como producto de la llegada súbita de familias mexicanas entre 1990 y 2000.

Volvamos al sureste, esta vez a Georgia, un estado que alberga una pequeña ciudad, Dalton, situada en el condado de Whitfield. Ambos —ciudad y condado— portan el merecido título de “capital mundial de la alfombra” sencillamente porque en esta región se produce 80% del total de alfombras que se compran en Estados Unidos de América (Hernández-León y Zúñiga, 2005). La ciudad y el condado contaban con una minúscula proporción de habitantes catalogados “hispanos” en el Censo de 1990. Para el año 2000, la tercera parte de su población estaba catalogada en esta categoría. Se puede continuar el recorrido más hacia el sur, en el estado de Louisiana, en donde están las ciudades costeras de Morgan y Houma. Ambas son la sede de exitosas compañías constructoras de barcos, de cargamento de petróleo y de operación de puertos y canales (Donato, Stainback y Bankston, 2005). En cada uno de estos lugares la novedad es doble: la salud económica está asociada a la llegada repentina de migrantes originarios de México. Las dos caras del fenómeno (cambio demográfico y éxito económico) son concomitantes a la creación de este nuevo mapa de Estados Unidos.

El mapa está incompleto. Nos faltarían los estados de Utah, Minnesota, Florida, Nueva Jersey, Idaho. También faltan Oregon, Colorado, Alabama y Nevada. En estas regiones hay localidades que se están sumando a la lista de nuevos destinos de la migración mexicana. El mapa completo es todavía una tarea pendiente.¹ Sin embargo, el recorrido que aquí ofrecemos habla de dos importantes cambios socio-geográficos. En primer lugar, se muestra la for-

¹ Los autores sabemos que las compañías que ofrecen servicios de envío de remesas tienen este mapa al detalle, condado por condado, localidad por localidad.

ma espacial que está adquiriendo lo que se ha dado por llamar la nueva diáspora “latina” en Estados Unidos (González Gutiérrez, 1993; Wortham, Murillo y Hamann, 2002). La presencia mexicana se está transformando, lenta pero consistentemente, en un sistema galáctico —o de tela de araña—, con sus diferentes centros, subcentros y periferias. En este sistema juegan el papel de centros y subcentros ciudades como Guadalajara, Monterrey, Zacatecas, la Ciudad de México, León, Morelia o Tijuana, que a su vez se conectan con las localidades de origen de los migrantes. Al mismo tiempo, estas ciudades se vinculan con los grandes centros históricos de recepción en Estados Unidos como son Los Ángeles, Houston, El Paso o Chicago. Estos centros extienden sus redes dentro del territorio de Estados Unidos hacia localidades de Utah, Nevada, Nebraska, Florida o Carolina del Norte (Zúñiga y Hernández-León, 2005b). En segundo lugar, el recorrido muestra cartográficamente cómo la presencia mexicana en Estados Unidos dejó de ser un asunto local, regional, casi circunscrito a la frontera suroeste del vecino país, convirtiéndose ahora en un verdadero movimiento de talla nacional. Así, el mapa, por incompleto que sea, permite advertir la complejidad social, la diversidad espacial y la profundidad simbólica de este movimiento.

Orígenes del nuevo mapa

¿Qué condiciones facilitaron la creación de este nuevo mapa migratorio? Diversos observadores coinciden en señalar que el punto de partida de este cambio geográfico es la misma política migratoria de Estados Unidos, en particular la puesta en marcha de la *Immigration Reform and Control Act* (IRCA) de 1986, conocida también como ley Simpson-Rodino. Una de las primeras medidas adoptadas a partir de esta reforma legal fue la amnistía a numerosos trabajadores indocumentados. Los principales beneficiarios de esta medida fueron los mexicanos. Alrededor de 2.3 millones consiguieron la residencia legal en Estados Unidos entre 1988 y 1992 (Massey, Durand y Malone, 2002). Esto posibilitó la dispersión: una vez en posesión de los documentos que acreditan la residencia legal, los migrantes estuvieron en condiciones de salir de la invisibilidad que les ofrecían los destinos históricos como Los Ángeles, Chicago o Houston, en donde los barrios mexicanos se construyeron en zonas de arribo y de refugio de los trabajadores indocumentados. Pero la IRCA y sus consecuencias—tales como la inflación artificial del flujo migratorio proveniente de México—también crearon una saturación de mercados laborales y de vivienda que deprimió los salarios y elevó el costo de las rentas y el precio de compra de casa habitación (Martin y Taylor, 1991; Light,

2003). En respuesta, los mexicanos decidieron ir en busca de mejores condiciones laborales en regiones en donde la competencia “intra-étnica” por el trabajo y la vivienda fuese menor y las probabilidades de empleo estable fuesen mayores. La IRCA igualmente ofreció la oportunidad a muchos trabajadores del campo de dejar los circuitos migratorios agrícolas y emplearse en ocupaciones permanentes y físicamente menos extenuantes (Hernández-León y Zúñiga, 2005).

El asentamiento de los migrantes beneficiados por la amnistía en los nuevos destinos dio origen a un nuevo flujo migratorio, ahora desde México. Este flujo proveniente de México combina varios tipos de movimientos, por un lado la reunificación familiar, por otro, la atracción de parientes y paisanos a quienes se les informa de las oportunidades de obtener empleo o hacer negocios en nuevas regiones y, en tercer lugar, el reclutamiento directo, en México, organizado por los mismos empleadores una vez que ya conocieron los beneficios que trae consigo emplear la mano de obra mexicana. Esto último se hace especialmente por las compañías de Estados Unidos situadas en regiones con escasez de trabajadores jóvenes dispuestos a realizar tareas difíciles y riesgosas —las plantas procesadoras de carne, las “polleras” (Griffith, 1995) y la construcción—.

Como se puede observar, el flujo migratorio que caracteriza a este periodo —que se ha venido llamando post-IRCA o post-TLC— no puede ser considerado como una simple prolongación de lo que había estado sucediendo, a lo largo de casi un siglo. Los migrantes post-IRCA están inaugurando una nueva etapa en la historia de la migración. Por un lado, lo que encontramos hoy día es una combinación de flujos de migración interna (dentro de Estados Unidos) con flujos de migración internacional. Los centros tradicionales de atracción (Los Ángeles, el condado de Maricopa, Houston o Chicago) se han convertido en centros de expulsión. Por otro lado, de manera concomitante, la forma geográfica está dejando de ser bipolar como la descrita por Rouse (1989) en donde se observa la dinámica relación entre Aguililla, Michoacán y Woodstock, en la Bahía de San Francisco, California. Hoy día la dinámica es radial o galáctica, como se mencionaba en párrafos anteriores. Una nueva forma geográfica semejante a la de las diásporas clásicas en donde múltiples puntos en el espacio transnacional están vinculados entre sí por las redes de migrantes. Por tanto, la nueva fisonomía de la migración no es un mera expansión de la experiencia histórica de las comunidades mexicanas, sino que presenta un nuevo rostro: los principales actores (migrantes y comunidades receptoras) están produciendo nuevas combinaciones sociales, nuevas maneras de conjugar las tradiciones locales con las migratorias.

Adicionalmente, es importante tomar en consideración que en esta nueva etapa de la migración mexicana a Estados Unidos los migrantes están llegando no solamente a las grandes zonas metropolitanas sino también a pequeñas y medianas localidades del medio oeste, del noreste y del sureste. Lo novedoso de este proceso es que el arribo de inmigrantes mexicanos a poblados o pequeñas ciudades es inmediatamente visible, a diferencia de lo que sucede en zonas rurales totalmente aisladas o las grandes aglomeraciones urbanas en donde los migrantes permanecen invisibles para la sociedad receptora. Esta nueva visibilidad hace que muchos de los procesos de conflicto, resistencia, negociación y síntesis no se puedan postergar. En los nuevos destinos no hay suburbios o centros urbanos que alberguen a los trabajadores mexicanos. Su presencia es visible de manera inevitable en localidades en donde solamente hay un centro comercial, una sola iglesia católica, un solo campo de fútbol soccer, un solo centro recreativo. Los arreglos sociales y simbólicos se desencadenan en muy poco tiempo. Paralelamente, otros migrantes están llegando a zonas metropolitanas en donde la presencia mexicana es totalmente atípica, por ejemplo, Nueva York, Nashville, Atlanta, Salt Lake, Las Vegas o Lexington, Kentucky. Ahí la invisibilidad de los migrantes es posible gracias a la formación de barrios étnicos. Sin embargo, el elemento “novedad” es lo que está impulsando nuevos arreglos sociales. La presencia de mexicanos en las iglesias, escuelas y hospitales; el crecimiento de medios de comunicación en español escritos y electrónicos (especialmente la radio); la oferta cultural y la multiplicación de restaurantes de comida mexicana para la población migrante son fenómenos totalmente inesperados para los habitantes de esas zonas metropolitanas. Hoy día, para un habitante de Atlanta, Las Vegas o Salt Lake, resulta paradójico o particularmente llamativo ver anuncios en español o símbolos de México desde su automóvil. En suma: el nuevo mapa se dibuja para todos —migrantes y no migrantes— precisamente debido a este elemento de visibilidad/novedad. Éste, de hecho, constituye una clave analítica para comprender los procesos que aquí nos interesan; por ello, habremos de retomarlo posteriormente.

En su conjunto, esta nueva geografía de la migración mexicana, ¿qué es lo que está produciendo en Estados Unidos? ¿Qué tipo de procesos produce la llegada de migrantes mexicanos a nuevos y atípicos destinos? ¿Se están produciendo nuevos fenómenos sociales en Estados Unidos o son una reedición de lo que los estudiosos de la migración han observado a lo largo del siglo xx? Para responder a estas preguntas es necesario tomar en consideración los componentes espacio-temporales del nuevo mapa. En primer lugar, observar, documentar y discutir los sucesos que se producen a nivel local tomando en cuenta lo que los actores sociales realizan, dicen e imaginan

en contextos de interacción microsociales como son las fábricas, los centros deportivos, los salones de clase, las iglesias, los comités sindicales, los centros comerciales, las calles, los hogares. En segundo lugar, partir del hecho de que no estamos en presencia de procesos graduales, sino de cambios sociales drásticos, repentinos e imprevistos; cambios que se inician con la llegada masiva de mexicanos a poblados, ciudades medianas o barrios, lo que trae consigo una alteración muy rápida de la composición demográfica de la sociedad receptora. De golpe, en una década, las comunidades se ven mexicanizadas demográfica y geográficamente. Ni la comunidad receptora, ni la comunidad migrante estaban preparadas para enfrentar estas transformaciones tan súbitas del entramado social. En tercer lugar, para responder adecuadamente a estas preguntas conviene advertir que estamos en presencia de procesos que están en su estado naciente. Por la juventud de los hechos, lo que se observa son tanteos, dudas, incertidumbres, juegos de ensayo y error, primeras manifestaciones de la invención y la imaginación colectivas. No son acuerdos, normas e instituciones, sino la multiplicidad de iniciativas que intentan dar respuesta a los cambios que se están experimentando en muchas regiones de Estados Unidos. Los estudiosos que se han interesado en estos fenómenos describen el movimiento. Por ello no se puede determinar cuál será la dirección definitiva que adquirirá el proceso. Lo que los estudiosos de los nuevos destinos relatan es la diversidad, contradicción y maleabilidad de estos procesos. El futuro de cada una de estas sociedades locales es incierto y los cambios durarán décadas antes de que cristalicen en nuevas formas de convivencia humana.

El paradigma de la Escuela de Chicago

Observar y reflexionar sobre diferentes y distantes cambios repentinos —muy probablemente irreversibles—, en el momento mismo en el que se están produciendo y dentro de contextos locales —microsociales— resulta altamente heurístico. Pocas veces los estudiosos tenemos la oportunidad de presenciar cambios en el momento mismo en el que se están produciendo. Es por ello que el nuevo mapa de la migración mexicana es un auténtico laboratorio, como lo fue Chicago en las primeras décadas del siglo xx. Por ello nos pareció analíticamente adecuado el contrastar el paradigma de la asimilación de la escuela de Chicago (en su versión más ortodoxa), conocido en el imaginario popular como el “melting pot”, con los procesos que está generando la nueva diáspora mexicana. Esto con el fin de resaltar la especificidad de los procesos actuales y mostrar las limitaciones conceptuales del paradigma.

La importancia de la Escuela de Chicago destaca no sólo por el momento histórico en el que sus miembros realizaron las observaciones y por los innovadores métodos que utilizaron, sino también por el hecho de que sus perspectivas sobre la inmigración se convirtieron en un legado teórico/práctico para las siguientes generaciones de estudiosos, tomadores de decisiones y analistas (Tripier, 1998; Alba y Nee, 1997). Como consecuencia de ello, el *tema migratorio* como parte de la agenda pública en Estados Unidos, a lo largo de casi un siglo, sigue siendo planteado respetando las premisas principales del paradigma de esta escuela. Este paradigma sostiene que la integración de los inmigrantes depende esencialmente de los rasgos y las iniciativas de los mismos inmigrantes una vez que se han metamorfoseado en minorías. Según este paradigma, la sociedad dominante es estable, uniforme y tiene un rumbo fijo históricamente hablando. En otros términos, la inmigración no interpela a la sociedad receptora. La función de la sociedad dominante es exclusivamente abrir los canales institucionales de la integración y facilitar los procesos de asimilación. La no-integración es vista, en consecuencia, como una “falla” en el proceso de asimilación —*failure to assimilate*— (Rodríguez, 1982). Son los inmigrantes, ellos mismos, como individuos o colectividades que deben plantearse qué tipo de minoría quieren ser y, al mismo tiempo, aceptar que al final de toda la historia de la migración, la asimilación total será inevitable (Park, 1950).

Fuller (1939) utiliza muy claramente estas premisas: conforme sea mayor la distancia —cultural, étnica, económica, escolar— entre el grupo inmigrante y el grupo receptor dominante, menor será la posibilidad de integración y más larga y penosa será la asimilación:

Según el censo de 1930, había 14 204 149 extranjeros viviendo en Estados Unidos... Entre ellos es frecuente distinguir entre los que forman parte de la “antigua migración” y los que pertenecen a la “nueva ola migratoria”. Antes de 1880, casi todos los inmigrantes venían de Inglaterra, Irlanda, Escocia, Gales, Bélgica, Francia, Dinamarca, Holanda, Noruega y Suecia. Posteriormente, los habitantes de países del sur y del este de Europa empezaron a participar en la migración, contribuyendo con cantidades cada vez más grandes. Así, en 1907, el año de la más voluminosa inmigración, la mayoría llegó de Austria-Hungría, Bulgaria, Grecia, Italia, Montenegro, Polonia, Rumanía, Rusia, Serbia, España, Siria y Turquía. Ante esto, hay algunos racialistas que sostienen que los europeos del sur son biológicamente inferiores a las llamadas “variedades raciales” de los europeos del norte... *Sea como sea, lo que sí es cierto es que en términos culturales, podría haber fundamentos justificables para hacer esta discriminación. Los rasgos culturales de los europeos del norte y del occidente están más cerca de las tradiciones, la educación, la visión política y económica de los norteamericanos blancos nativos. En contraste, los nuevos tipos de inmigrantes, por*

su bajo nivel de vida, su alto analfabetismo, por la prevalencia de enfermedades físicas y mentales entre ellos y su ambición por obtener puestos de trabajo que ejercen los nativos, hace que su asimilación sea realmente un asunto muy difícil (Fuller, 1939:46; traducción y subrayados nuestros).

¿Por qué es un “asunto muy difícil” el proceso de asimilación de esta segunda ola migratoria de principios del siglo xx? Es así porque la distancia cultural y biológica entre los inmigrantes y la sociedad dominante es muy grande. Si la distancia es enorme, insuperable y fatal, la integración es muy difícil, según este paradigma. En esto está centrado el *tema migratorio*, en la capacidad o incapacidad de los inmigrantes de convertirse plenamente en parte de la sociedad receptora. La ecuación es sencilla: entre mayor es la similitud inicial, más fácil será el proceso de integración; si por el contrario, el punto de partida es una diferencia notable, infranqueable, la integración será dolorosa, lenta e incierta.

Estas premisas de la Escuela de Chicago se fabricaron en un contexto ideológico y conceptual dentro del cual los Estados-nación eran hechos inalterables, casi “naturales” y, por tanto, indiscutibles. La clásica migración de fines del siglo xix fue un flujo masivo que estaba llamado a ser asimilado por una sociedad que se concebía a sí misma como homogénea étnica, lingüística y religiosamente hablando, una visión de la homogeneidad que estaba postergando, de hecho, el delicado problema que explotaría, en los años cincuenta y sesenta: “the negro/white cultural contact” (Fuller, 1939:44-45), el complejo dilema social que planteaba la integración de los descendientes de esclavos de origen africano.² Sin embargo, esta visión de homogeneidad no era puesta en duda por las comunidades inmigrantes procedentes de Europa. Los recién llegados llegaban a Estados Unidos porque precisamente aspiraban a pertenecer plenamente a la sociedad receptora, si no lo lograban en la primera generación, sí lo harían en la segunda o tercera. En consecuencia, la plena convicción de la homogeneidad sustancial de la sociedad receptora, por un lado, y las aspiraciones declaradas de los migrantes de pertenecer a la sociedad de destino, haría, entonces, que el proceso migratorio se definiera como un mero, aunque complejo, proceso de transición. El estatus de minoría se planteaba, tanto por los migrantes como por los nativos, como un estatus temporal. Una excepción solamente estaba a la vista en la década de los treinta: la de los descendientes de esclavos de origen africano.

² Esta perspectiva no fue uniforme en la sociología norteamericana. Du Bois (1899), sociólogo de la que algunos académicos han llamado la Escuela de Filadelfia (Anderson y Massey, 2001), se refirió a las condiciones de vida y de membresía sociopolítica de los negros en la sociedad estadounidense como “el problema del siglo”.

Y quizás otro caso fuera de la regla se podía intuir en esas fechas, uno que no parecía producir mucho interés: el de la excepcionalidad de los inmigrantes mexicanos quienes:

En 1930 eran aproximadamente 1 500 000... un incremento de 1 000 000 en una década... En general, podemos decir que los mexicanos que residen en Estados Unidos tienen los más bajos estándares de vida comparados con cualquier otro grupo de inmigrantes... [En este caso] La situación de conflicto se debe menos a un choque de culturas porque los *mexicanos viven encerrados en sí mismos y preservan su propia cultura más o menos intacta*, y es más la de un conflicto de mercados laborales en donde la mano de obra tan barata que ofrecen los mexicanos va en contra de los intereses de los trabajadores nativos (Fuller, 1939:45-46; traducción y subrayados nuestros).

La distancia entre este grupo de inmigrantes y la sociedad receptora era tan grande que la cuestión de la integración prácticamente no producía ningún interés. No solamente eran pobres, no solamente viven enteramente alejados de la vida de los miembros de la sociedad receptora, sino que además se aferran a sus modos de vida y los reproducen, como islas, dentro de la sociedad dominante. “[Los mexicanos] son apologeticos respecto a la peculiaridad de sus relaciones familiares, aunque esto se deba a que le tienen temor al orden social que los rodea” (Hutton, 1942:45, traducción nuestra). El único conflicto a la vista era económico: eran más baratos que la mano de obra nativa.

En definitiva, el hecho de que la migración de fines del *xix* y principios del *xx* fuese predominantemente blanca, europea y, en menor medida, protestante (Suárez-Orozco, 1998; González-Baker *et al.*, 1998), facilitaría el proceso de asimilación y haría que las instituciones educativas —en particular, la escuela y las iglesias— jugaran correcta y exitosamente sus papeles. La aparición del juego de conflictos y de rudas competencias inter-étnicas darían paso, inevitablemente, siguiendo una lógica cuasi-ecológica (Park y Burgess, 1921), al acomodamiento de las minorías que habrían de ser fagocitadas por una mayoría compacta y segura de sí misma: “La teoría de la asimilación se presenta con esa inevitabilidad propia de las leyes de la historia. Si no te pesca en esta generación, te pescará en la siguiente” (Rosaldo, 1988:82).

El laboratorio de Chicago funcionó bien para Wirth, Thomas, Znaniecky y Park: los inmigrantes vinieron a reforzar un proyecto social y de nación prácticamente inalterable desde la Guerra Civil. La sociedad receptora, por su parte, se percibía a sí misma como una sociedad orgullosa de sus orígenes migratorios. El inmigrante era un “otro” transicional. Su futuro era la asimilación. Estos migrantes rusos, italianos, judíos, alemanes, irlandeses, polacos,

etc. llegaban a Norteamérica, al menos en el discurso, como se llega a una tierra prometida (“Los Estados Unidos... el campeón mundial como aliado de la liberación de los pueblos oprimidos”, Wirth, 1964 [1945]:347). Ahí serían bienvenidos porque escapaban de las injusticias, tiranías y desórdenes de sus países de origen. No había razones para pensar siquiera que los nuevos se aferrarían a sus modos de vida, sus lenguas, sus taras y sus desgracias. Justamente llegaban a Estados Unidos para fundirse en un proyecto euro-americano, en donde lo mejor de Europa puede florecer y los vicios del “Viejo” continente habían sido aniquilados.

Esta narrativa que ha sido institucionalmente funcional para las escuelas, hospitales, iglesias de Estados Unidos, fue ecológicamente legitimada a lo largo de más de medio siglo. El concepto mismo de asimilación la representa enteramente. Este concepto, evidentemente derivado de una metáfora metabólica (“metáfora digestiva”, como la llama Sayad, 1999:311), está fundado esencialmente en, al menos, seis premisas. Primera: las partes —léase las minorías— son diferentes al todo —la sociedad dominante—. Segunda: las partes son más pequeñas que el todo. Tercera: el todo es homogéneo y superior —en el sentido ético— a las partes. Cuarta: las partes no están unidas a otro todo cuya existencia haría imposible la “absorción”. Quinta: las partes son asimilables a condición, desde luego, de que desechen, rechacen, aquellos componentes que obstaculizasen su “dilución” en el todo y, finalmente, sexta: el futuro de las partes es inevitable porque terminarán fundiéndose en el todo, enriqueciéndolo, engrandeciéndolo, alimentándolo.

Pero el paradigma de la asimilación se caracteriza tanto por sus premisas metabólicas como por sus lagunas teóricas. ¿Qué es lo que está ausente de dicho paradigma? Las ausencias son en realidad múltiples, pero la más notable tiene que ver con las dimensiones políticas de la migración. Dado que los movimientos de población que observaron ocurrieron básicamente en un contexto de fronteras abiertas, los sociólogos de la escuela de Chicago poco se interesaron por una dimensión básica y defmitoria de la migración internacional, es decir, su dimensión sociopolítica. En cambio, como el análisis de los párrafos anteriores lo demuestra, se concentraron en preguntas de índole sociocultural que tenían que ver con la capacidad de aculturación y asimilación de los inmigrantes y de la sociedad receptora de assimilarlos. De ahí los debates que prevalecieron durante el primer cuarto del siglo xx en la sociedad norteamericana, centrados en temáticas tales como la cantidad y la “calidad” de los extranjeros que habrían de convertirse en estadounidenses.

Así, al hacer caso omiso de la dimensión sociopolítica de la migración y la inmigración, los sociólogos de Chicago se olvidaron de variables tales como las relaciones entre los estados nacionales y el régimen migratorio inter-

nacional prevaleciente (de fronteras abiertas o cerradas), de los vínculos políticos entre los estados de los países de origen y sus emigrantes y del hecho de que el tipo de recibimiento que se da a los inmigrantes es también un proceso sociopolítico, determinante de sus experiencias de incorporación (véase la diferencia en la recepción a la inmigración cubana y a la mexicana, que ilustra enteramente este componente sociopolítico).

El nuevo mapa y los dilemas contemporáneos

En franca oposición a este canon, lo que está produciendo la nueva geografía de la migración mexicana en Estados Unidos parece anunciarnos que ahora el *tema migratorio* no puede abordarse tomando en consideración solamente el tamaño, la diferencia y el aislamiento de las “minorías”. Lo que muestra la presencia mexicana en nuevos destinos es que el *asunto obliga también*—y en ocasiones, *principalmente*— a actuar al otro, es decir, a la sociedad receptora (“It takes two to tango, after all (...)”, como escribiría Rumbaut, 1999:185). Son los rasgos y las iniciativas sociopolíticas del país y las comunidades receptoras los que definen el rumbo de la “integración” o “no integración” de los nuevos actores sociales que repentinamente hicieron su aparición en la escena. No son exclusivamente las características de los recién llegados las que definen el rumbo del proceso de “integración” comunitaria, son también los arreglos, negociaciones, miedos, titubeos y certezas de la sociedad receptora los que marcan las formas de intercambio comunitario que se desatan frente a la llegada de los inmigrantes. Las metáforas de *asimilación*, *absorción* o *integración* parecen ya no responder a las cada vez más complejas, conflictivas e inciertas realidades.

El nuevo mapa de la migración mexicana a Estados Unidos nos muestra cuatro procesos que nos conducen a pensar que el paradigma ya no está describiendo lo que sucede. En primer lugar tenemos el contexto de recepción. Los mexicanos y otros latinoamericanos que están llegando a Nebraska, Iowa, Pennsylvania, Delaware, Louisiana, Georgia, Carolina del Norte, etc. son parte de una nueva ola migratoria que empieza a llegar a Estados Unidos a partir de IRCA; esta ola migratoria, a diferencia de los flujos migratorios clásicos (1870-1930), arriba en un periodo de la historia de la sociedad estadounidense en el que los derechos civiles no pueden ser puestos en duda por nadie; es decir, los nuevos inmigrantes están arribando en un contexto ético-político en el que el derecho a la diversidad, emanado de las convicciones democráticas de la sociedad receptora, ha adquirido una enorme legitimidad. En segundo lugar, está la sospecha de la otredad radical. Habiendo arri-

bado en un contexto internacional de fronteras cerradas a la inmigración, es decir, donde los estados en vez de atraer buscan controlar y detener los flujos poblacionales, estos nuevos inmigrantes, a diferencia de los anteriores, llegan a estas nuevas comunidades como “otros radicalmente diferentes”, investidos de una “otredad total”, bajo la sospecha de que son virtualmente “inasimilables”, no sólo por los colores de sus pieles y su “distancia” cultural, sino también —y sobre todo— porque son “inmigrantes ilegales”.

En tercer lugar, encontramos la circulación permanente de bienes, relaciones y personas. Los nuevos migrantes pertenecen a grupos y redes que se alimentan continuamente o periódicamente de la cultura de su país de origen. Por último, está el contexto económico en el que se produce la migración. Los trabajadores de origen latinoamericano que arriban actualmente a Estados Unidos son parcial o enteramente el resultado de procesos de globalización; son la evidencia de que no solamente las economías de México, China, Brasil o España han experimentado los efectos de la globalización, sino también las economías de Nebraska, Tennessee, Pennsylvania, Iowa y Lousiana. Por lo general, no son trabajadores que escapan de las condiciones injustas y violentas de sus países de origen —de hecho, muchos planean regresar a sus países de origen—, sino que son trabajadores indispensables para el funcionamiento continuo de las nuevas formas de producción de bienes y servicios de la economía estadounidense. Es la confluencia de estos cuatro procesos la que constituye la clave que nos permite comprender por qué el *asunto migratorio*, en términos prácticos y microsociales —no teóricos y académicos—, se está planteando hoy día de manera diferente en Estados Unidos como consecuencia del nuevo mapa de la migración mexicana/latinoamericana.

Empecemos por el contexto ético-político de recepción. Los nuevos inmigrantes están entrando a Estados Unidos en un contexto ético-político en el que el “derecho a la diversidad” se está convirtiendo en una norma moral (García, 2001; Suárez-Orozco, 1998). Al derecho a la diversidad de creencias políticas y religiosas, de preferencias sexuales, de gustos estéticos y de estilos de vida se añade, ahora, el derecho a la diversidad etno-cultural; es decir, el derecho de resguardar y desarrollar los rasgos fundamentales que caracterizan a un grupo en tanto que grupo. El derecho a la diversidad no es un conjunto de prácticas informales, sino que es parte fundamental del sistema legal y las prácticas políticas institucionales, tal y como lo muestran la criminalización de la violencia y la discriminación racial, étnica y religiosa, proceso que ha avanzado gradualmente en Estados Unidos desde la década de 1950. Este nuevo contexto induce a pensar que en la sociedad norteamericana todos pertenecerán, de una manera o de otra, a minorías en un futuro

próximo. Ciertamente esto produce miedo colectivo; sin embargo, como toda moral, el *ethos* del multiculturalismo va creando sus propios sentimientos de vergüenza pública, indignación y culpa. Estos son los sentimientos que accionan las prácticas moralmente correctas: la vergüenza de ser señalado como racista, el pavor a ser considerado supremacista, la culpa de haber puesto en práctica criterios discriminatorios.

Posiblemente este nuevo *ethos* no sea todavía más que un movimiento superficial que solamente caracteriza a las capas más escolarizadas y cosmopolitas de la sociedad estadounidense, como de hecho lo muestran los movimientos nativistas y supremacistas en diversos estados de la Unión Americana. Sin embargo, en términos de las relaciones cotidianas, pareciera que se está gestando una forma de intolerancia a la intolerancia que está ganando adeptos, al menos en las formas. Pareciera que hoy día, en Estados Unidos, la tolerancia es algo más que “la sospecha de que el otro pudiese estar en lo correcto” (Wirth, 1964 [1945]:253; traducción nuestra) y se está convirtiendo en una norma ética por la que prohibir la diversidad —religiosa, indumentaria, estética, sexual, etc.— es moralmente y políticamente incorrecto. Así, Shutika (2005) muestra, en Kennett Square, Pennsylvania, las consecuencias que tiene el ser percibido como racista en una comunidad que se concibe a sí misma como incluyente, progresista y abierta a la diversidad. Mientras los trabajadores mexicanos del champiñón se mantuvieron invisibles para la comunidad receptora, nada sucedía; ellos sabían cuál era su lugar: trabajar sin existir. Pero cuando algunas familias mexicanas en Kennett Square “invadieron” los espacios residenciales tradicionalmente reservados para los angloamericanos, los conflictos se desencadenaron. Los vecinos inmediatos, los que veían cómo los mexicanos celebraban sus fiestas, recibían a sus abuelos y sobrinos, estacionaban sus autos, implantaban sus símbolos, no tardaron en reaccionar. La presencia mexicana desencadenó debates en el periódico local, acciones municipales y foros de discusión colectiva. Esto está transformando las identidades locales y la definición que la comunidad local tiene de sí misma. El miedo a otras formas de vida se combinó con el miedo a ser señalado como intolerante a otra cultura —una que no está en África o en América Latina, sino en el mismo barrio en donde uno vive—, se convirtieron ambos en el motor de nuevos arreglos que la autora describe con detalle. Estos arreglos no son negociaciones entre la comunidad receptora y la migrante, sino acomodamientos intra-étnicos o intra-comunitarios.

De la misma manera, Hernández-León y Zúñiga (2005) observan en Dalton, Georgia, controversias intra-étnicas mediante las cuales los antiguos residentes de esta ciudad del antiguo sur de Estados Unidos enfrentan sus agendas con el propósito de acomodar a los recién llegados en el futuro de su propia

sociedad. A lo largo de todo el siglo xx un acuerdo implícito entre euro-americanos se materializó: los trabajadores de las fábricas de la localidad serían todos blancos. A cambio de ello, los sindicatos obreros evitaban acciones radicales que pusieran en riesgo el orden social local. El arreglo se rompió en el momento en el que los grandes empresarios de la ciudad se vieron en la necesidad de contratar mano de obra migrante para responder a las nuevas condiciones de competencia mundial en el mercado de las alfombras. El debate intra-étnico resultó inevitable y su curso continuará aún por muchos años. Un grupo de residentes, conscientes de que la economía local requiere de la contribución de los recién llegados, encontraron en la narrativa de la diversidad un nuevo *ethos* para el siglo xxi y la celebraron en un inédito coloquio organizado en 2001. Mientras tanto, a otros los embargaba la nostalgia de un pasado que parecía cada vez más difícil de recuperar, un pasado en el que “todas las cosas estaban en su lugar”, es decir, un pasado reciente en donde la sociedad estaba compuesta de euro-americanos, sureños, protestantes, viviendo al lado de una pequeña porción de afro-americanos casi invisible, que no tendría acceso, por definición, a la vida industrial de la sociedad y sus beneficios. El cambio no sólo se limitó a las fábricas y pasó a las escuelas. La matrícula de alumnos migrantes hablantes de español pasó de 4% en 1990 a 51% en el distrito escolar de la ciudad. El temor de algunos profesores, directivos y autoridades municipales de ser catalogados como discriminatorios hace que se muestren públicamente —aunque no necesariamente en privado— en favor de la educación e integración de los alumnos mexicanos. De las escuelas, pasó a las iglesias. En 1987, la ciudad contaba con una pequeña parroquia que podía albergar fácilmente a la casi inexistente comunidad católica anglo-sajona. Hoy día, con la contribución económica de los migrantes mexicanos, se cuenta con una iglesia que puede recibir a 600 personas y ofrece principalmente servicios religiosos en español y declarando: “La Iglesia de Estados Unidos es en verdad una Iglesia multicultural”. La controversia continúa y su solución sigue en estado embrionario, pero ya no hay espacio, en el periódico de la localidad, para expresiones xenófobas, anti-inmigrantes y supremacistas. El *ethos* de la diversidad se impuso en el principal órgano de opinión pública local en contraste con lo que se observaba en un pasado cercano, cuando el flujo migratorio se incrementaba. Hacia 1986 todavía se podían leer artículos firmados por residentes que expresaban sus temores y narrativas anti-extranjeros enmarcados con algunas manifestaciones del Ku Klux Klan en algunos puntos de la ciudad.

Examinemos ahora la otredad radical de los nuevos migrantes de origen mexicano y centroamericano. No solamente muchos de ellos parecen “in asimilables” (Alba y Nee, 1997, los comparan con los franco-canadienses)

sino además son indocumentados. Esta combinación complica aún más el canon de la Escuela de Chicago. Este estatus migratorio de los migrantes hace que la nueva era de la migración sea radicalmente diferente a la de fines del siglo XIX y principios del XX en donde, dado el régimen migratorio internacional de fronteras abiertas, la figura jurídica de *illegal alien* prácticamente no tenía existencia. Hoy día, las comunidades receptoras en los nuevos destinos de la migración mexicana están viviendo una paradoja: los migrantes existen pero no deben jurídicamente existir. Trabajan, pagan impuestos, sus hijos estudian en las escuelas; con el tiempo compran casas, van a los centros comerciales, se organizan y hasta defienden sus derechos (Dunn, Aragonés y Shivers, 2005); como “ilegales” ejercen derechos sin tener derecho a tenerlos. ¿Cómo se explica este fenómeno? Distintos trabajos utilizan marcos de referencia que indican que no existe una sino múltiples causas. Aunque la *presencia* en Estados Unidos no significa membresía de los inmigrantes indocumentados en el cuerpo político de ese país, ésta tiene consecuencias sociológicas, culturales y políticas, sobre de todo en un país caracterizado por un sistema administrativo, legal e institucional altamente descentralizado (Waldinger y Fitzgerald, 2004).³ Esto genera una serie de contradicciones que facilitan la incorporación de los inmigrantes clandestinos a la vida comunitaria local, aun cuando desde el punto de vista de las normas federales, su estadía en el país esté prohibida. Como lo ha señalado Griffith (2005), los indocumentados pueden mandar a sus hijos a las escuelas públicas y el sistema jurídico los reconoce como ciudadanos de Estados Unidos si han nacido en su territorio, sin importar la condición migratoria de sus padres. Así, la *presencia* en un país con un sistema político y jurídico altamente descentralizado pareciera generar ciertos derechos —laborales, educativos, de salud— aun cuando la condición de “ilegal” es la antítesis de la membresía política.

Pero aquí caben otras explicaciones. Una de ellas proviene de los trabajos de autores que analizan las contradicciones entre la autonomía y capacidad del Estado-nación de otorgar derechos y el paradigma de los derechos humanos universales, codificado en convenciones internacionales sobre el trabajo, la salud y la migración. Estas tensiones son el centro de atención de la investigación de Dunn, Aragonés y Shivers (2005). Como consecuencia de un accidente laboral en las plantas procesadoras de aves de la península de Delmarva,⁴ en

³ Un buen ejemplo, aplicado al fenómeno social en cuestión, es que las autoridades migratorias federales no comparten información con las policías locales, teniendo la capacidad tecnológica para hacerlo. Igualmente, éstas últimas no se involucran en las redadas organizadas por la Patrulla Fronteriza y otros cuerpos federales de control migratorio.

⁴ Península donde colindan los estados de Delaware, Maryland y Virginia.

el que un trabajador mexicano indocumentado resultó gravemente herido, los autores abordan las paradojas prácticas de esta tensión: trabajadores mexicanos indocumentados exigen se cumplan sus derechos laborales basándose en una ética de los derechos humanos universales; los sindicatos, en un primer momento, no saben cómo reaccionar porque precisamente no encuentran una salida para defender los derechos de los que no tienen derechos. Sin embargo, en pocas semanas, los líderes sindicales descubren el potencial político que tiene prestarles auxilio a los trabajadores indocumentados. Apoyan finalmente una huelga que termina por tener éxito ya que el polémico evento fue objeto de atención de prestigiados diarios de difusión nacional. Los derechos humanos terminaron imponiéndose a los derechos ciudadanos. Lo que el estudio muestra es que, como indocumentados, no tienen existencia jurídica, pero como trabajadores de una planta empacadora de pollo sí existen y, por tanto, poseen los derechos a la salud y la protección social como cualquier trabajador de la empacadora.

La paradoja es particularmente visible en el ensayo de Donato, Stainback y Bankston (2005). Los autores comparan dos casos de nueva inmigración mexicana en Louisiana y logran observar la contradicción de la condición de "ilegal". Los empleados de las compañías petroleras que llegan a la región con visas H-2B están bajo el control de sus empleadores y del estado, que ha determinado sus condiciones de ingreso al país. Son hombres solos, viven en zonas separadas de la vida urbana, son completamente invisibles para los residentes y, en consecuencia, nunca se integran a la sociedad receptora: "Todo lo que hacemos es trabajar, comer y dormir" (entrevista a un trabajador mexicano, Donato, Stainback y Bankston, 2005:76). Por el contrario, los indocumentados rentan apartamentos en la zona urbana, forman familias, inscriben a sus hijos en las escuelas; esto es: son visibles y, con ello, generan controversias y miedos en la comunidad receptora. Lo relevante del estudio comparativo es que muestra cómo el estatus de indocumentado porta una contradicción que crea movimientos en la sociedad local. Por un lado, el indocumentado jurídicamente no existe y ha escapado, al menos en parte, a la rígida normatividad de los programas de importación de mano de obra extranjera. Pero por otro, este vacío legal abre las puertas a la interacción entre los inmigrantes y los residentes, creando con ello las condiciones del debate público. Estas polémicas, en Louisiana, como en otros nuevos destinos, entremezclan narrativas pro-migrantes y anti-inmigrantes, nativistas y anti-nativistas, según las visiones e intereses de los grupos que forman la sociedad receptora. De la mezcla surgen micro-arreglos locales que intentan definir el lugar social que habrán de ocupar aquellos miembros de una comunidad que, por su condición legal, no debieran tener derecho a ningún lugar. Lo paradójico del caso es que

los trabajadores temporales que legalmente inmigran a Louisiana, hombres solos sujetos al control de sus empleadores, permanecen invisibles confinados en las zonas habitacionales que la compañía les asigna, no producen ninguna controversia porque sencillamente no existen para la sociedad local; no existen precisamente porque son “legales”. Como no producen controversias en la sociedad local, no hay posibilidades de establecer nuevos arreglos.

Abordemos, en tercer lugar, la circulación de bienes y personas, es decir, los vínculos entre el país de origen y el de destino. Todos los migrantes internacionales, independientemente de la distancia que los separa de sus países de origen, siguen manteniendo un lazo, al menos mítico, con el mundo social en el que se formaron (Glick Shiller, 1999). Sin embargo, en el caso de los migrantes mexicanos, puertorriqueños o dominicanos en Estados Unidos, esta vinculación se traduce en circulación efectiva de símbolos y personas que se sirve de las redes de parentesco y amistad. Estas relaciones entre origen y destino limitan seriamente las premisas del paradigma de la Escuela de Chicago, en el sentido de que las comunidades inmigrantes se siguen nutriendo, social y culturalmente, de la sociedad de donde provienen y, en ocasiones, como lo ilustra el estudio de Grey y Woodrick (2005) en Marshalltown, Iowa, también la comunidad receptora se ve involucrada social y políticamente en esta dinámica red de intercambios. Los autores describen los graves conflictos que se han suscitado en Marshalltown, aderezados de discursos anti-inmigrantes emitidos por sectores de la población que albergan miedos y resentimientos en contra de los trabajadores mexicanos. Estos discursos incluyen versiones según las cuales los indocumentados son llevados desde México a Iowa con el propósito de debilitar a los sindicatos locales y bajar los salarios. El debate en el periódico local a favor y en contra de la inmigración se enardeció al punto de que agentes del Servicio de Inmigración y Naturalización desplegaron una persecución que terminó siendo muy ofensiva para los trabajadores mexicanos. A raíz de estos hechos, los migrantes expresaron su indignación haciéndole saber a los líderes locales que ignoraban si realmente eran bienvenidos o no en Marshalltown, poniendo de manifiesto con ello la dualidad a la que están sometidos: por un lado son bien recibidos para trabajar en las plantas; por otro, algunos miembros de la comunidad piden a los agentes migratorios que los deporten. En respuesta a esta inconformidad, líderes religiosos, civiles y políticos de la ciudad decidieron hacer un viaje a Villachuato, Michoacán para conocer el principal lugar de origen de los operarios de las plantas procesadoras de carne de la región. La decisión de hacer el viaje responde al interés político de conocer cómo y por qué los trabajadores michoacanos deciden migrar a Iowa. El viaje cambió profundamente las actitudes y percepciones de los líderes locales al grado que no sólo

siguieron reconociendo la contribución de los migrantes a la economía regional, sino descubrieron la complementariedad entre la región de origen y la de destino. Ambas, separadas por más de 3 000 kilómetros de distancia, han vinculado sus destinos de una forma que nadie hubiese podido imaginar hace algunos años. Villachuato y su región han sido víctimas de las políticas centralistas del uso del agua en la cuenca Lerma-Santiago que trajeron consigo consecuencias muy negativas para la producción agrícola. Marshailtown y Villachuato se convirtieron en ciudades hermanas de facto: "... la más importante comunidad de origen en México ha estado adquiriendo las características de Marshailtown, pero también Marshailtown se parece cada vez más a México" (Grey y Woodrick, 2005:138).

Finalmente, consideremos el hecho de que esta nueva dispersión de la migración mexicana en Estados Unidos responde a procesos industriales asociados a la globalización. Varios estudios recientes son testimonio de la complementariedad entre la oferta de mano de obra en México y la demanda laboral en Estados Unidos y, en consecuencia, de la coincidencia entre los intereses de ciertos actores de la economía norteamericana y los intereses de los inmigrantes mexicanos. Esto hace que líderes económicos, autoridades políticas y organizaciones empresariales resulten aliadas y promotoras de la migración mexicana, en detrimento de las oportunidades de algunas capas sociales desfavorecidas en Estados Unidos que se sienten desplazadas del proceso, lo que se convierte necesariamente en un dilema porque pareciera que la lógica económica se está oponiendo a las lealtades locales y regionales. Los que, por momentos, están llamados a "asimilar" los cambios no son los migrantes —ellos, finalmente, son útiles, precisamente porque son migrantes y son parte esencial del cambio—, sino algunos sectores de la sociedad local que no encuentran su lugar en la nueva dinámica económica y social. Así las cosas, la oposición entre nativos y migrantes ya no resulta tan clara en términos de la distribución de privilegios y prerrogativas. Se llega al grado de que algunos antiguos residentes, a la luz de los procesos contemporáneos, parecieran estar excluidos de la propia sociedad a la que han pertenecido por décadas.

Estos hechos necesariamente traen consigo tensiones intra-étnicas y debates al interior de los miembros de la sociedad local que, en ocasiones, rebasan en importancia a las tensiones inter-étnicas propias de estos cambios demográficos tan importantes. Lo que se modifica esencialmente es que algunos grupos de la sociedad receptora, que en principio deberían ser parte del "todo" social, se desgajan del "todo" y se convierten en una parte no incorporada, una "parte" que no encuentra su lugar.

Lexington y La Fayette County, Kentucky, son ejemplos de lo anterior. Las tensiones comunitarias provocadas por la llegada de los migrantes han

producido resultados inesperados que van haciendo su aparición secuencialmente (Rich y Miranda, 2005). En orden temporal, el primer evento es el reconocimiento público de la contribución que hacen los trabajadores mexicanos al desarrollo económico de Kentucky por parte de la primera compañía de la región que los hizo venir desde finales de los años ochenta. A nadie sorprende que los principales aliados de la migración hayan sido precisamente los grandes empleadores locales. El segundo evento es la expresión de malestar de trabajadores anglo-americanos y afro-americanos, antiguos residentes, que se sienten desplazados del crecimiento económico. Malestar doblemente doloroso porque sus familias han vivido ahí por varias generaciones. La tensión, observan los autores, es ambivalente: por un lado se presenta el paternalismo empresarial; por otro, una serie de expresiones xenófobas que tienen sus raíces en la estructura de clases sociales de la región. Es la ambivalencia que produce la globalización en Estados Unidos lo que hace coincidir en un mismo lugar la demanda de mano de obra migrante y los miedos colectivos. El tercer evento es la organización de los migrantes y la selección de sus portavoces. En Lexington, como en otros lugares, los trabajadores migrantes, ante las respuestas xenófobas de los habitantes, están reaccionando, se están organizando y eligiendo sus representantes. El capital social que han acumulado a lo largo de décadas y generaciones de emigración les ha permitido construir respuestas de defensa y resistencia.

Situaciones similares han sido observadas por Gouveia, Carranza y Cogua (2005) en las zonas rurales y semi-rurales de Nebraska. Los trabajadores anglo-sajones de las procesadoras de carne se sienten marginados de los procesos de transformación económica que ha experimentado la industria de carne bovina. Sus sistemas tradicionales de trabajo ya no corresponden con las transformaciones tecnológicas de la industria. Por ello, las compañías prefieren recurrir a la mano de obra migrante dispuesta a adaptarse a ritmos y condiciones de trabajo que no son admisibles para los nativos. Así, el conflicto no se limita a la interacción entre antiguos residentes y recién llegados, sino también y de manera más aguda, entre anglo-sajones perdedores y anglo-sajones ganadores, lo que indica que además de una diferencia étnica, aparece una distinción de clase. Este proceso dual, concomitante con la globalización económica, hace que las premisas de la Escuela de Chicago resulten limitadas, como señalamos anteriormente, en particular porque la sociedad receptora deja de ser una entidad homogénea —un todo coherente—; los cambios tecnológicos, asociados a los procesos de globalización, fracturan la comunidad que recibe a los inmigrantes y engendran conflictos multidireccionales —inter e intra grupales— que no aparecen en el canon de la teoría de la Escuela de Chicago.

Conclusión

La migración de México a Estados Unidos está dibujando un nuevo mapa en el que están incluidas regiones del medio oeste, el sur tradicional y el noreste. El artículo describe esta dispersión y la forma diaspórica que está adquiriendo. Asimismo, intenta mostrar los impactos socio-culturales y socio-políticos que está produciendo la presencia de trabajadores mexicanos y sus familias en los nuevos destinos. La visibilidad y la novedad de esta presencia está produciendo movimientos inéditos en las comunidades receptoras. La nueva migración no se limita a las grandes zonas metropolitanas o a los aislados campos agrícolas. Los mexicanos están arribando a ciudades pequeñas y medianas cuyas economías se han transformado vertiginosamente en las últimas décadas y en donde la escasez de mano de obra local era notoria. Intentamos mostrar, además, que los cambios, reacciones, negociaciones, arreglos y conflictos generados por el arribo de los mexicanos no pueden ser abordados con el instrumental heredado de la Escuela de Chicago. Nuevas categorías teóricas deben de incorporarse para nombrar adecuadamente lo que está sucediendo. Algunas de estas novedades fueron abordadas en el artículo: el contexto ético-político de recepción, la otredad radical de los indocumentados, los vínculos entre regiones de origen y de destino, y la fragmentación de las sociedades receptoras.

En contraste con los estudios sobre relaciones inter-étnicas y migración en Estados Unidos que han privilegiado la observación de los conflictos y disturbios producidos por la llegada de inmigrantes (Bach, 1993), nuestro análisis intenta comprender la manera como la inmigración remodela la vida de comunidades concretas en los nuevos destinos de la emigración mexicana a Estados Unidos. Este cambio de enfoque permite repensar las relaciones inter-étnicas e inter-grupales como un proceso colectivo de transformación que conduce a síntesis muy diversas e imprevistas como las observadas en Nebraska, Iowa, Carolina del Norte, Georgia, Louisiana, Delaware, Kentucky, por nosotros mismos o por los autores consultados. Lo que se observa son ciertamente conflictos, reacciones xenófobas, resistencias acompañadas de acomodamientos duales, hermanamientos, invención de nuevas formas de mediación, tensiones intra-étnicas y alianzas inesperadas.

Los cuatro componentes del nuevo mapa —*ethos* de la diversidad, la otredad inasimilable de los migrantes, circulación de bienes y personas, y cambios económicos locales que atraen a los migrantes internacionales— están creando nuevas formas de recepción, negociación, cooperación, interacción y acomodamiento. Ninguna de estas prácticas ha tenido suficiente tiempo para cristalizarse en instituciones y convertirse en formas espontáneas de intercam-

bio social. Son procesos en pleno movimiento. Sin embargo, parece haber suficiente evidencia para concluir que el canon conceptual que se heredó de la Escuela de Chicago no es capaz de nombrar lo que está sucediendo. Los estudios de la migración tendremos que reinventar nuestros lenguajes si queremos que nuestras categorías sigan los pasos de los actores sociales, lo que significaría que la nueva migración parece poner en duda algunas de las premisas del canon de la teoría de la asimilación en sus versiones más clásicas.

Alba y Nee (1997) concluyen exactamente lo contrario que nosotros. Los autores afirman:

Uno de los retos que debemos enfrentar es el de decidir si el lenguaje de la asimilación puede nombrar este remodelamiento. Si la terminología de la asimilación está tan cargada de sesgos y ambigüedades, como muchos críticos piensan, entonces posiblemente convenga abandonarla e inventar un nuevo vocabulario, aunque este ejercicio termine meramente reeditando algunos de los componentes conceptuales de la idea de asimilación. Nosotros creemos que un cambio en el lenguaje sería inapropiado. La idea de asimilación ha tenido un lugar central en la experiencia social estadounidense... (p. 863, traducción nuestra).

Lo extraño es que los autores basan sus convicciones en una revisión de los estudios académicos y no en la observación de lo que los actores sociales hacen para responder a las nuevas condiciones prácticas y locales. Más extraño aún resulta que ellos mismos reconocen que su defensa del lenguaje de la asimilación se enfrenta con una "excepción", precisamente de la que nos ocupamos en este ensayo: la inmigración mexicana. En esto coinciden con Fuller (1939): los mexicanos no entran en el paradigma. Sin embargo, cuando Fuller escribía, la migración mexicana solamente representaba 10% del total de migrantes residiendo en Estados Unidos y la mayoría de ellos retornaría a México. Las condiciones hoy día son diametralmente diferentes: la migración de origen mexicano constituye el grueso de la migración internacional a Estados Unidos y muchos de ellos están dejando de ser aves de paso. La excepción parece estar convirtiéndose en la regla.

Recibido: enero, 2005

Revisado: julio, 2005

Correspondencia: V. Z.: Universidad de Monterrey/Av. Morones Prieto Pte. 4500/San Pedro, Nuevo León/C. P. 66238/teléfono (81) 8124-1281/fax (81) 8124-1285/correo electrónico: vzuniga@udem.edu.mx; R. H.-L.: UCLA Department of Sociology/296 Haines-Hall-Box 951551/Los Angeles, CA 90095-1551/rubenhl@soc.ucla.edu

Bibliografía

- Alba, Richard y Victor Nee (1997), "Rethinking Assimilation Theory for a New Era of Immigration", *International Migration Review*, vol. 31, núm. 4, pp. 826-874.
- Anderson, Elijah y Douglas S. Massey (ed.) (2001), *Problem of the Century: Racial Stratification in the United States*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- Bach, Robert L. (1993), *Changing Relations: Newcomers and Established Residents in U. S. Communities*, Nueva York, Ford Foundation.
- Donato, Katherine M., Melissa Stainback y Carl L. Bankston III (2005), "The Economic Incorporation of Mexican Immigrants in Southern Louisiana: A Tale of Two Cities", en Víctor Zúñiga y Rubén Hernández-León (ed.), *New Destinations: Mexican Immigration in the United States*, Nueva York, Russell Sage Books, pp. 76-100.
- Du Bois, W. E. B. (1899), *The Philadelphia Negro. A Social Study*, Philadelphia, University of Pennsylvania.
- Dunn, Timothy, Ana María Aragonés y George Shivers (2005), "Recent Mexican Migration in the Rural Delmarva Peninsula: Human Rights vs. Citizenship Rights in a Local Context", en Víctor Zúñiga y Rubén Hernández-León (ed.), *New Destinations: Mexican Immigration in the United States*, Nueva York, Russell Sage Books, pp. 155-185.
- Durand, Jorge (1998), *Política, modelo y patrón migratorios*, San Luis Potosí, México, El Colegio de San Luis.
- Durand, Jorge, Douglas S. Massey y Fernando Charvet (2000), "The Changing Geography of Mexican Immigration to the United States: 1910-1996", *Social Science Quarterly*, vol. 81, núm. 1, pp. 1-15.
- Fuller, Richard C. (1939), "Social Problems", en Robert E. Park (ed.), *An Outline of the Principles of Sociology*, Nueva York, Barnes and Noble Inc., pp. 18-52.
- Gans, Herbert J. (1999), "Toward a Reconciliation of 'Assimilation' and 'Pluralism': The Interplay of Acculturation and Ethnic Retention", en Charles Hirschman, Philip Kasinitz y Josh DeWind (ed.), *The Handbook of International Migration, The American Experience*, Nueva York, Russell Sage Books, pp. 161-171.
- García, Eugene E. (2001), *Hispanic Education in the United States*, Lanham, Boulder, Rowman and Littlefield Publishers, Inc.
- Glick Shiller, Nina (1999), "Transmigrants and Nation-States: Something Old and Something New in the U. S. Immigrant Experience", en Charles Hirschman, Philip Kasinitz y Josh DeWind (ed.), *The Handbook of International Migration, The American Experience*, Nueva York, Russell Sage Books, pp. 94-119.
- González-Baker, Susan; Frank D. Bean; Agustín Escobar Latapí y Sidney Weintraub (1998), "U. S. Immigration Policies and Trends: The Growing Importance of Migration from Mexico", en Marcelo M. Suárez Orozco (ed.), *Crossings, Mexican Immigration in Interdisciplinary Perspectives*, Cambridge, Harvard University Press, pp. 81-105.
- González Gutiérrez, Carlos (1993), "The Mexican Diaspora in California", en Abraham

- F. Lowenthal y Katrina Burgess (eds.), *The California-Mexico Connection*, Stanford, Stanford University Press.
- Gouveia, Lourdes, Miguel Carranza y Jasney Cogua (2005), "The Great Plains Migrations: Mexicanos and Latinos in Nebraska", en Víctor Zúñiga y Rubén Hernández-León (eds.), *New Destinations: Mexican Immigration in the United States*, Nueva York, Russell Sage Books, pp. 23-49.
- Grey, Mark A. y Anne C. Woodrick (2005), "'Latinos Have Revitalized Our Community': Latino Migration and Anglo Responses in Marshalltown, Iowa", en Víctor Zúñiga y Rubén Hernández-León (eds.), *New Destinations: Mexican Immigration in the United States*, Nueva York, Russell Sage Books, pp. 133-154.
- Griffith, David (2005), "Rural Industry and Latino Immigration and Settlement in North Carolina", en Víctor Zúñiga y Rubén Hernández-León (eds.), *New Destinations: Mexican Immigration in the United States*, Nueva York, Russell Sage Books, pp. 50-75.
- (1995), "Hay trabajo: Poultry Processing, Rural Industrialization, and the Latinization of Low-Wage Labor", en D. D. Stull, M. J. Broadway y David Griffith (ed.), *Any Way You Cut It: Meat Processing and Small Town America*, Lawrence, University of Kansas Press, pp. 129-151.
- Hernández-León, Rubén y Víctor Zúñiga (2005), "Appalachia Meets Aztlán: Mexican Immigration and Intergroup Relations in Dalton, Georgia", en Víctor Zúñiga y Rubén Hernández-León (eds.), *New Destinations: Mexican Immigration in the United States*, Nueva York, Russell Sage Books, pp. 244-273.
- Hutton, E. R. (1942), "Mexican Children Find Themselves", en National Education Association (ed.), *American All: Studies in Intercultural Education*, Washington, D. C., National Education Association, pp. 45-51.
- Light, Ivan (2003), "Immigration and Housing Shortage in Los Angeles, 1970-1999", en Jeffrey Reitz (ed.), *Host Societies and the Reception of Immigrants*, La Joya, San Diego, Center for Comparative Immigration Studies of the University of California, pp. 403-428.
- Martin, Phillip y Edward Taylor (1991), "Immigration Reform and Farm Labor Contracting in California", en Michael Fix (ed.), *The Paper Curtain: Employer Sanctions' Implementation, Impact, and Reform*, Washington, D. C., The Urban Institute.
- Massey, Douglas S., Jorge Durand y Nolan J. Malone (2002), *Beyond Smoke and Mirrors: Immigration Policy in an Era of Free Trade*, Nueva York, Russell Sage.
- Park, Robert E. (1950), *Race and Culture*, Glencoe, The Free Press.
- y Eduard Burgess (1921), *Introduction to the Science of Sociology*, Chicago, University of Chicago Press.
- Passel, Jeffrey S. y Wendy Zimmermann (2001), "Are Immigrants Leaving California? Settlement Patterns of Immigrants in the Late 1990's", texto completo en: http://www.urban.org/UploadedPDF/are_immigrants_leaving_ca.pdf (última consulta: julio de 2005).
- Rich, Brian L. y Marta Miranda (2005), "The Sociopolitical Dynamics of Mexican Immigration in Lexington, Kentucky, 1997-2002: An Ambivalent Community

- Responds”, en Víctor Zúñiga y Rubén Hernández-León (eds.), *New Destinations: Mexican Immigration in the United States*, Nueva York, Russell Sage Books, pp. 187-219.
- Rodriguez, Richard (1982), *Hunger of Memory: The Education of Richard Rodriguez —An autobiography*, Boston, D. R. Godine.
- Rosaldo, Renato (1988), “Ideology, Place, and People without Culture”, *Cultural Anthropology*, vol. 3, núm. 1, pp. 77-87.
- Rouse, Roger (1989), *Mexican Migration to the United States: Family Relations in the Development of a Transnational Migrant Circuit*, tesis doctoral, Stanford University.
- Rumbaut, Rubén G. (1999), “Assimilation and Its Discontents: Ironies and Paradoxes”, en Charles Hirschman, Philip Kasinitz y Josh DeWind (ed.), *The Handbook of International Migration, The American Experience*, Nueva York, Russell Sage Books, pp. 172-195.
- (1997a), “Assimilation and Its Discontents: Between Rhetoric and Reality”, *International Migration Review*, vol. 31, núm. 4, pp. 923-960.
- (1997b), “Paradoxes (and Orthodoxies) of Assimilation”, *Sociological Perspectives*, vol. 40, núm. 3, pp. 483-511.
- Sayad, Abdelmalek (1999), *La double absence*, Paris, Éditions du Seuil.
- Shutika, Debra Lattanzi (2005), “Bringing the Community: Nativism, Activism and the Politics of Inclusion in a Mexican Settlement in Pennsylvania”, en Víctor Zúñiga y Rubén Hernández-León (eds.), *New Destinations: Mexican Immigration in the United States*, Nueva York, Russell Sage Books, pp. 103-132.
- Suárez-Orozco, Marcelo M. (1998), “Crossings: Mexican Immigration in Interdisciplinary Perspectives”, en Marcelo M. Suárez-Orozco (ed.), *Crossings, Mexican Immigration in Interdisciplinary Perspectives*, Cambridge, Harvard University Press.
- Tripier, Pierre (1998), “Préface: Une sociologie pragmatique”, en William I. Thomas y Florian Znaniecki (ed.), *Le Paysan Polonais en Europe et en Amérique, Récit de vie d'un migrant*, Paris, Nathan, pp. 5-30.
- USCB (United States Census Bureau) (2004), *Census 2000 Summary File 4 (SF 4)-Sample Data*, en <http://factfinder.census.gov/servlet/>, fecha de última consulta: las tablas se generan durante la consulta.
- Waldinger, Roger y David Fitzgerald (2004), “Transnationalism in Question”, *American Journal of Sociology*, vol. 109, núm. 5, pp. 1177-1195.
- Wirth, Louis (1964) [1945], “The Problem of Minority Groups”, en Louis Wirth (ed.), *On Cities and Social Life, Selected Papers*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press/Phoenix.
- Wortham, Stanton, Enrique G. Murillo y Edmund T. Hamann (2002), *Education in the New Latino Diaspora: Policy and the Politics of Identity*, Londres, Ablex Publishing.
- Zhou, Min (1999), “Segmented Assimilation: Issues, Controversies, and Recent Research on the New Second Generation”, en Charles Hirschman, Philip Kasinitz y Josh DeWind (ed.), *The Handbook of International Migration, The American Experience*, Nueva York, Russell Sage Books, pp. 196-211.

- Zúñiga, Víctor y Rubén Hernández-León (eds.) (2005a), *New Destinations: Mexican Immigration in the United States*, Nueva York, Russell Sage Books.
- Zúñiga, Víctor y Rubén Hernández-León (2005b), "Peut-on parler d'une diaspora mexicaine aux États-Unis?", *Revue Géographie et Cultures*, vol. 53, pp. 56-75.
- (2001), "A New Destination of an Old Migration: Origins, Trajectories and Labor Market Incorporation of Latinos in Dalton, Georgia", en Arthur D. Murphy, Colleen Blanchard y Jennifer A. Hill (ed.), *Latino Workers in the Contemporary South*, *Southern Anthropology Society*, 34th Proceedings Series, Athens Georgia, The University of Georgia Press, pp. 126-135.